



WHY DO CATHOLICS DO THAT?

- Father Jacob Maurer

All peoples, clap your hands.
Cry to God with shouts of joy.

Cf. Ps 47(46): 2

One of the delights of our faith is how God consistently chooses the weak and broken as the ones through whom He shows His strength. The Old Testament is filled with examples of those who would otherwise be shunned as weak, outcasts, or unclean but are given great responsibility, authority, and honor. Moses, David, Rebekah, Rahab - these and so many more were made crucial to by the Lord to His works among His people Israel.

This Thursday, July 3, we celebrate the feast of Saint Thomas the Apostle. Of all of the Lord's chosen ones, Thomas may be my favorite. He is not only relatable in his doubt but admirable in owning it so clearly: he clearly names his inability to believe without the help of the Lord - for which he is reward with the very things he so desperately needed.



The New Testament is no less full of such people, two of whom we celebrate today: Saint Peter and Saint Paul. The former, chosen from the beginning by our Saviour, denied Him not once or twice but three times in the very hour of His Passion. The latter was a murderer of Christians, seeking far and wide to put Christ's followers to death.

The [Catechism of the Catholic Church](#) makes an important distinction around doubt: voluntary doubt versus involuntary doubt. The former can lead to incredulity (neglect and even willful refusal to assent), heresy, apostasy, or even schism. The latter - which most of us experience with some regularity! - is simply a result of human weakness and the difficulties of being imperfect, fallible, and inexperienced. May we, like Thomas, present our doubts to God so that we to may come to fullness of confidence in Him!



Not content to let their brokenness define them, Jesus redeemed their flaws & failings - and both now hold high honor among the saints. Peter, the first pope and Paul, the greatest of the Apostles.

This week we celebrate our country's Independence Day when, nearly 250 years ago on July 4, 1776, the Declaration of Independence was ratified by the Second Continental Congress and the United States of America was established.

So also it is with us; there is nothing about us that irredeemable, save what we refuse to put before God. If we are willing to approach the Lord in our need, He will meet it, answer it, and bring us to the fullness of His glory. As the *Exsultet* chant of Easter proclaims, "O happy fault that earned so great, so glorious a Redeemer!"

The preamble of this crucial document proclaims what we know to be true from the Lord Himself: that all men are created equal and that He has given us unalienable rights.

Following Easter, Pentecost, the Holy Trinity, and Corpus Christi, this is the final special solemnity before we truly enter into the ordinariness of Ordinary Time. May we take these mysteries for what they are: an invitation to be sharers of God's goodness, receiving all that He offers and proclaiming to the world that He has chosen all mankind as His beloved ones.

What is most important, however, is the question of how we are to live out our God-given dignity and for what end we will exercise the freedom He gives us. In short, will we be good stewards of these gifts? May we ask the Lord to bless our country and us, that we may always use well what we have received.





Pueblos todos, batid palmas,
aclamad a Dios con gritos de júbilo.

Cf. Ps 47(46): 2

Uno de los deleites de nuestra fe es cómo Dios elige constantemente a los débiles y quebrantados como aquellos a través de quienes manifiesta su fuerza. El Antiguo Testamento está lleno de ejemplos de quienes, de otro modo, serían rechazados por ser débiles, marginados o impuros, pero a quienes se les otorga gran responsabilidad, autoridad y honor. Moisés, David, Rebeca, Rahab; estos y muchos más fueron cruciales para la obra del Señor en su pueblo Israel.

El Nuevo Testamento no está menos lleno de personas así, dos de los cuales celebramos hoy: San Pedro y San Pablo. El primero, elegido desde el principio por nuestro Salvador, lo negó no una ni dos, sino tres veces en la misma hora de su Pasión. El segundo fue un asesino de cristianos, buscando por todas partes la muerte de los seguidores de Cristo.



No contento con que su quebrantamiento los definiera, Jesús redimió sus defectos y fallas, y ambos ahora gozan de gran honor entre los santos. Pedro, el primer papa, y Pablo, el más grande de los apóstoles.

Así también sucede con nosotros; No hay nada en nosotros que sea irredimible, salvo lo que nos negamos a poner ante Dios. Si estamos dispuestos a acercarnos al Señor en nuestra necesidad, Él la atenderá, la responderá y nos llevará a la plenitud de su gloria. Como proclama el canto del Exsultet de Pascua: “¡Oh feliz culpa que mereció tan grande y glorioso Redentor!”.

Después de la Pascua, Pentecostés, la Santísima Trinidad y el Corpus Christi, esta es la última solemnidad especial antes de que entremos verdaderamente en la cotidianidad del Tiempo Ordinario. Que tomemos estos misterios como lo que son: una invitación a ser partícipes de la bondad de Dios, recibiendo todo lo que Él ofrece y proclamando al mundo que Él ha elegido a toda la humanidad como sus amados.

Este jueves 3 de julio celebramos la festividad de Santo Tomás Apóstol. De todos los elegidos del Señor, Tomás es quizás mi favorito. No solo es fácil identificarse con su duda, sino que es admirable su clara aceptación: expresa con claridad su incapacidad para creer sin la ayuda del Señor, por lo que recibe precisamente lo que tanto necesitaba.



[El Catecismo de la Iglesia Católica](#) establece una importante distinción en torno a la duda: la duda voluntaria y la involuntaria. La primera puede llevar a la incredulidad (negligencia e incluso negativa voluntaria a asentir), la herejía, la apostasía o incluso el cisma. La segunda —¡que la mayoría experimentamos con cierta regularidad!— es simplemente resultado de la debilidad humana y de las dificultades de ser imperfectos, falibles e inexpertos. Que, como Tomás, presentemos nuestras dudas a Dios para que podamos alcanzar la plena confianza en Él.

Esta semana celebramos el Día de la Independencia de nuestro país, cuando, hace casi 250 años, el 4 de julio de 1776, la Declaración de Independencia fue ratificada por el Segundo Congreso Continental y se establecieron los Estados Unidos de América.

El preámbulo de este documento crucial proclama lo que sabemos con certeza del Señor mismo: que todos los hombres son creados iguales y que Él nos ha otorgado derechos inalienables.

Sin embargo, lo más importante es cómo vivir la dignidad que Dios nos dio y con qué fin ejerceremos la libertad que Él nos da. En resumen, ¿seremos buenos administradores de estos dones? Pidamos al Señor que bendiga a nuestro país y a nosotros mismos, para que siempre usemos bien lo que hemos recibido.

